

Juan Madrid

Las apariencias no engañan

Edición revisada por el autor

ALIANZA EDITORIAL

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard/www.elsuarez.com
Imagen: © Donald Dean / Getty Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Juan Madrid, 1982
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-9181-583-9
Depósito legal: M. 12.824-2019
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

A mi hermano Luis, el profesor

Por aquel entonces yo trabajaba de vigilante armado en una sala de baile llamada La Luna de Medianoche, que se encontraba en la calle Jardines, muy cerca de la Puerta del Sol. Allí tenía categoría de camarero y sueldo de lo mismo, aunque sin propinas. Llegaba sobre las diez de la noche y me marchaba a las cuatro de la madrugada, cuando cerraban, y todo lo que tenía que hacer era evitar que robasen y que no se extralimitaran los borrachos. Lo que me diferenciaba del resto de los empleados era la obligación de llevar siempre encima mi Gabilondo. De modo que todas las noches acudía a trabajar con el revólver en la funda de la cintura, porque en la sobaquera se notaba mucho con los trajes ligeros.

Para entrar en el local había que descender unos escalones enmoquetados hasta una especie de vestíbulo donde se encontraba el guardarropa. De allí partía otra escalera que conducía a los servicios y al cuarto de camareros, que solía permanecer cerrado. También del vestíbulo surgía la sala de baile propiamente dicha, con cabida para cuatrocientas personas sentadas y de pie, atendidas en dos grandes barras, cada una a un extremo del salón. La pista estaba en el centro y a la izquierda se encontraba la cabina de Charlie, el pinchadiscos.

El local estaba decorado en verde y blanco, pero con las luces apagadas no se notaban las porquerías de la moqueta ni las quemaduras de los sillones, aunque poco debía de importarle eso a la gente ya que además aguantaban sin protestar las bebidas de garrafa, las aglomeraciones y la mala ventilación.

Podía beber gratis, charlar con mi novia, Lidia, la chica del guardarropa, y si todo estaba tranquilo, hasta descabezar un sueñecito en el sofá del despacho del jefe, en el piso de arriba. Lo malo de ese trabajo era tener que pelear con los borrachos y aguantar la estridente música moderna. Como no conozco ningún trabajo sin sus puntos flacos, me encontraba regularmente contento.

Una noche se acercó al guardarropa Blas, el encargado, un sujeto pequeño de bigotito blanco que de joven había sido un peso gallo de cierta fama. Presumía de que llegó a aguantarle cinco asaltos a Jean Cracovian por el campeonato del mundo, aunque siempre sospeché que aquello era otra de sus mentiras.

Blas me miró largamente como tenía por costumbre, ya que nunca conseguí siquiera el campeonato de España, y me dijo:

–Toni, ahí hay unos tíos organizando follón.

Quitó el codo del mostrador y apagó el cigarrillo en el cenicero. Lidia le sonrió, indicándome así que fuera amable con él. Fue ella la que contestó:

–¡Hola, Blas! –saludó–. ¿Mucho trabajo?

–Toni –repitió el encargado–, deberías darte una vuelta por el salón. Estás aquí para algo.

Yo tenía un vaso de *gin- tonic* al lado, bebí un poco.

—Qué cantidad de gente, ¿eh? ¡Y qué calor! —dijo Lidia.

—Toni. —Me tocó el hombro—. No te vendría mal un poco de curro de vez en cuando. Están ahí al fondo y son dos tíos con una furcia y otro con un acordeón. Ya se han bebido tres botellas de champán. Me gustaría que te acercaras.

—Ya los vi antes, están borrachos. ¿Qué hacen?

—Dicen que la música es una mierda y quieren salsa. Les he dicho que no.

—Eso no hace daño a nadie.

—Quieren que toque el del acordeón.

—¿El del acordeón?

—Sí.

En ese momento se escuchó a través de la estridente música de Charlie el sonido de un acordeón. Partía del fondo. La maraña de cuerpos y cabezas no me dejaba ver.

—Ahí los tienes. —Blas señaló con el dedo—. Ya se han puesto a tocar.

Dejé el vaso y lo acompañé entre la gente hasta uno de los rincones. Estaba oscuro pero los distinguí enseguida. Me acerqué a ellos y sonreí. Los sujetos iban bien trajeados. Uno de ellos era de edad mediana, parecía fuerte y tenía el pelo ondulado, y el otro, que golpeaba la mesa con las manos, joven y rubio. La mujer reía a carcajadas palmeándose los muslos con ritmo. Era alta, tetona, de pelo muy negro y tenía aspecto de mulata. Sentado en una silla, un hombre flaco y viejo de pelo ralo y cano tocaba el acordeón. El estrépito era de mil demonios.

Coloqué una mano en el hombro del tío del acordeón.

–No se puede –le dije.

Dejó de tocar.

–Yo no... –empezó.

Era muy viejo, demasiado viejo para hacer el ridículo de esa manera.

–¡Eh! –le gritó al viejo uno de ellos. Era el del pelo ondulado–. ¡Sigue! ¿Por qué te paras?

–Lo siento –le dije–. No se puede tocar el acordeón.

–¡Se jodió el invento! –exclamó la mujer. El joven siguió canturreando y golpeando la mesa–. Nos quedamos sin música.

–¿Qué te pasa a ti, eh? –La mueca en la cara del tipo de las ondas se acentuó–. ¿No te gusta la salsa?

–Mire –dije despacio–. No se puede. Lo siento.

–¡Vaya mierda! –graznó el rubio–. ¿Qué local es este donde no se puede bailar salsa?

–No es culpa mía –balbuceó el del acordeón y me dirigió unos ojos suplicantes–. Me han dicho que tocara.

–¡Cállate, mierda!

–Sí, señor.

–Por aquí hay lugares con música salsa –expliqué.

–Están cerrados. –La mujer frunció la boca–. Y yo quiero bailar.

–Si digo que el viejo toca, pues toca –dijo de nuevo el que había hablado antes.

–Deje la fiesta correr –le dije–. Si quieren estar aquí, el del acordeón debe quedarse quietecito.

–¿Quién puede bailar con esos ruidos? –habló la mujer.

–Que pongan merengues –dijo el joven–. Un vacilón.

Soltó una carcajada, pero nadie rió.

–Esta es la música que hay –dije–. A mí tampoco me gusta. Ya he dicho que el del acordeón no puede tocar.

El del pelo ondulado sacó un billete de quinientas pesetas y me lo ofreció en el aire.

–Toma y dile al chiquito de los discos que cambie de música. Yo quiero bailar salsa.

–Claro –dijo la mujer.

–No tenemos salsa.

–¿Qué pasa, te parece poco cien duros? ¿No es suficiente quinientas?

–A lo mejor le has ofendido. Dale mil o nos quedamos sin bailar –siguió la mujer.

El del pelo ondulado sonrió a la mujer y volvió a agitar el billete.

–No, encanto, con quinientas es suficiente. Y tú coge el billete y corre a cambiar la música. Si no, te vas a aguantar con nuestro acordeón.

–Se está poniendo pesado –dije.

–Nos quedaremos sin bailar, ¿verdad, cariño? –manifestó la mujer. Luego me dijo–: ¿Por qué es usted tan malo?

–Señora, cuando necesitemos una orquesta, llamaremos al del acordeón. Se lo prometo.

–Eres un comemierda y te vas a aguantar con nuestra música. –Se dirigió al viejo–: ¡Toca, viejo, toca!

–No –dije–. Es suficiente con nuestros discos.

–Tu música te la metes por donde te quepa. No la aguanto. Es mejor la que toca el viejo. ¡Viejo, dale al acordeón!

–Señor, yo... –balbuceó el del acordeón.

–Si no le gusta esto, márchese. ¿Ha entendido?

–¿Ah, sí? ¿Y quién me va a echar, tú?

Se levantó. Efectivamente era fuerte y grande, de facciones regulares y labios carnosos. Se sabía guapo y quizá lo fuese.

–Anda, échame. –Enseñó los dientes.

El del acordeón se alejó en cuclillas.

–No, si es usted bueno. Nos gustan los buenos clientes.

–¿Pero quién es éste? –exclamó la mujer.

–El chulo de aquí –dijo el otro hombre.

–Vamos –dijo el joven rubio–. Por favor, quiero irme. Es mejor que nos marchemos.

–Antes bailaremos. ¡Eh, viejo! –Chasqueó los dedos en dirección al del acordeón–: ¡Ponte a tocar!

Aquello era distracción gratis. Se había formado un grupo compacto de gente que miraba. Se acercó Blas.

–¿Qué pasa, Toni?

–A la calle de uno en uno –dije–. Ya me han cansado.

–Aquí no se puede tocar el acordeón, señor –dijo Blas.

–¡Apártate! –El del pelo rizado le empujó.

Blas se revolvió y le lanzó un corto al hígado y después un gancho a la barbilla. La mujer gritó y el tipo alto se enzarzó con Blas a puñetazos.

El joven rubio saltó de su silla y se me vino encima con un directo a la cara. Tenía el rostro lleno de cráteres y fue muy rápido. Lo esquivé con dificultad y bloqueé su izquierda, pero se revolvía como un gato. Me alcanzó en la entrepierna de un rodillazo, al tiempo que algo duro chocaba contra mi cabeza. Caí al suelo viendo fogonazos.

Cuando desperté, Lidia me sostenía la cabeza. Todas las luces estaban encendidas y no había música. Un corro de caras me observaba.

–No te muevas, tienes sangre.

–¿Dónde están, Lidia?

–Se han ido.

–¿Estás bien? –Blas me sonreía. Tenía un ojo marcado–. Les dimos de lo lindo.

–¿Por qué has dejado que se marcharan?

–Ha sido mejor que se fueran. Habían pagado todo. Pude ponerme en pie.

–¿Quién me ha sacudido?

–La chavala te ha dado con una botella. ¡La muy cabrona! –dijo Lidia.

Uno de los camareros, llamado Longares, recogía cristales. Se acercó Charlie.

–¿Pongo más marcha o nos vamos a casa?

–Sigue con la música –ordenó Blas–. Ya se han ido bastantes sin pagar. ¡Vaya noche!

Lidia me cogió el brazo y caminamos hacia el vestíbulo. De allí bajamos las escaleras. Su madre se santiguó al verme.

–¡Dios mío, cómo te han puesto! –exclamó.

–No grites, madre.

–No ha sido nada –dije yo–, se pasará con dos aspirinas.

–Quédate ahí que subo a buscarlas –contestó la vieja.

Pasamos al servicio. Me quité la chaqueta y Lidia me limpió la herida con una toalla mojada.

–¿Te duele? Se te ha formado un chichón de mucho cuidado.

–¿Los conocías, Lidia?

–Al músico le llaman el Zazá Gabor. Anda tocando el acordeón por ahí.

–¿Y los demás?

–No te muevas. Los tíos no sé quiénes son. ¿Por qué no dejas las cosas como están?

–Parecían sudacas.

Se encogió de hombros y siguió cuidándome la cabeza.

–Me parece que te van a tener que poner puntos.

–¿Y la tía, Lidia? ¿La conocías?

–La llaman la Colombiana, se llama Consuelo y antes creo que hacía la calle en Valverde. Ahora, me parece que está de camarera.

–¿Dónde?

–No lo sé. ¿Por qué no te estás quietecito?

–¿Estás segura?

–No. Oye, Toni, te han dado un botellazo. ¿Por qué no te quedas tranquilo?

La vieja entró con dos aspirinas y un vaso de agua.

–Anda, tómatelas, hombre de Dios. ¡Jesús, qué trifulca!

Mastiqué las pastillas, bebí el agua y me volví a colocar la chaqueta. El cuello de la camisa se había manchado de sangre, al igual que la chaqueta. Tendría que poner en los gastos el precio de la tintorería. La cabeza me martilleaba pero ya no salía sangre de la herida.

–Gracias –les dije a las dos mujeres. Lidia me miró preocupada–. Ya es suficiente.

Subí las escaleras, me recosté en el mostrador y le pedí a Braulio un coñac doble. La gente había vuelto a bailar como si nada hubiera pasado. Las lucecitas de colores que lanzaba Charlie resultaban puñaladas

para mi cabeza dañada. Braulio dejó la copa a mi alcance y dijo:

–Toni, me jodió mucho no poder ayudarte.

–No te preocupes, Braulio. ¿Conocías a esos tipos?

–No, no sé quiénes eran. Chulos, deben de ser. Pero si los veo otra vez, se van a enterar. ¿Cómo te encuentras?

–Bien.

Estaba bebiéndome la copa cuando Blas se acercó desde el fondo del local. Me palmeó la espalda.

–¿Cómo te encuentras, campeón?

–Ya ha pasado el dolor.

–¿Qué te pasó?

–Nada, el chico fue más rápido. Eso es todo.

–¿Viste el gancho que le sacudí al alto?

–Sí, lo vi.

–Estuvo bueno, ¿eh?

–Sí.

Volvió a palmearme la espalda.

–Bueno, campeón, cuídate esa cabeza.

Se marchó. Braulio me ofreció otra copa y me la bebí de golpe.

Era un buen chico. Le había mentido a Blas con respecto a su edad para poder trabajar como ayudante de camarero. Algunas de nuestras clientas opinaban que era un muchacho muy guapo y que se parecía a Travolta.

Seguí viendo cómo la gente se esforzaba por pasárselo bien. Pagaban para eso y no podían desperdiciar el dinero. El resto de la noche transcurrió pensando en el rubio de la cara picada de viruela y tuve tiempo de hacerlo porque no trabajé mucho. Antes de cerrar convencí a un borracho para que orinase fuera, pero eso no me costó demasiado esfuerzo.

Creo que todo aquello ocurrió mediada la primavera de aquel año, porque las noches aún eran frescas. A la salida nos despedimos de los compañeros y Lidia y yo bajamos caminando por Montera hasta la Puerta del Sol. De allí subimos por Esparteros hasta mi casa.

Qué poco sabía yo entonces lo que iba a significar en mi vida aquel muchacho rubio.

Pocos días más tarde volví a encontrarme con el rubio de la cara picada de viruela, aunque en circunstancias muy distintas. Lo vi en El Gavilán, un club de mala nota adonde yo solía ir los días que libraba en La Luna, que eran los miércoles. Iba a El Gavilán porque conocía a Baldomero, el dueño, de cuando era preparador de la Federación, y no porque El Gavilán fuese un club especialmente bueno. Era un local demasiado oscuro, estrecho y alargado y decorado con unos cuantos dibujos malos de pájaros. Baldomero lo había abierto con la idea de recibir a clientela selecta, pero desde entonces había pasado demasiado tiempo. Los viernes y sábados solía haber tres mujeres en la barra, pero los días de entre semana y a última hora sólo acudían dos y con el aspecto de estar haciéndole un favor al dueño.

Serían las diez de la noche cuando entré al local y me acodé en el mostrador como es mi costumbre.

–¿Cómo estás? –me preguntó Baldomero.

–Bien –le contesté–. Ponme una cerveza.

Me la puso y la bebí lentamente. El local estaba vacío, excepto una de las mesas del fondo, que estaba ocupada por dos figuras borrosas que se inclinaban sobre la mesa y hablaban en susurros y de forma contenida. No pude distinguir el aspecto que tenían, ni otro

signo exterior, fuera de que eran hombres, uno de ellos joven y el otro gordo y un poco cabezón.

Precisamente el gordo cabezón se levantó de golpe de su silla y le sacudió una sonora bofetada al que tenía al lado. Sonó como un pistoletazo.

—¡Estúpido! —gritó.

La silla cayó al suelo y el tipo golpeado se levantó a su vez. Su mano salió disparada hacia la cara del gordo y se la cruzó dos veces sin mediar palabra. El gordo bufó, asombrado de que pudieran hacer eso con él. Los dos permanecieron en silencio, de pie y contemplándose.

El joven vestía cazadora de cuero negro y era rubio. Soltó una carcajada, metió la mano en el interior de su cazadora y sacó una enorme automática. Disparó varias veces sin hacer el menor comentario. El gordo fue despedido hacia atrás, abrió los brazos y chocó contra la pared. Comenzó a resbalar lentamente hacia el suelo con los ojos desmesuradamente abiertos y una expresión de asombro en la cara.

Me tiré al suelo, al tiempo que oía silbar las balas. Se clavaron en el mostrador a la altura de mi vientre y todavía deben de seguir allí, por si alguien quiere verlas.

El rubio perdió unos segundos acercándose al gordo y comprobando que estaba bien muerto. Después, con la velocidad de un gato, ganó la salida.

Me levanté y corrí tras él. Al llegar a la puerta, me incrusté contra el cuerpo de un individuo vestido de verde y con gorra de plato, que entraba. Caí hacia atrás con la sensación de haber tropezado con un buzón de correos.

El tipo ni se inmutó. Me puse de nuevo en pie y me lancé a la calle. Estaba desierta, no había ni rastro

del rubio. Fui hasta el centro de la calzada y miré a ambos lados. Enfrente vi un enorme Mercedes negro que descansaba como una ballena en una playa desierta. Me acerqué y lo miré. Estaba vacío. Sobre el asiento trasero distinguí un abrigo azul arrugado. Pero al rubio parecía que se lo había tragado la tierra.

El tiroteo había durado un minuto escaso. Regresé a El Gavilán.

—¿Qué... qué ha pasado, Toni? —tartamudeó Baldomero, asomando la cabeza por el mostrador.

—Avisa a la policía —le indiqué.

—Sí, ahora mismo. —Desapareció temblando tras la puerta de la oficina.

El tipo del uniforme estaba agachado al lado del cuerpo del gordo. Lo observaba con atención. Me acerqué a él y giró lentamente hasta darme la cara. Me sacaba la cabeza y, lo menos, diez kilos. Probablemente tuviera que hacerse la ropa a medida, sobre todo la chaqueta. Era grande, ancho de hombros hasta la desmesura y con el rostro cuadrado y azulado por la barba. Era de esos que necesitan afeitarse dos veces al día si quieren parecer aseados. Sus ojos negros y pétreos reflejaban una absoluta indiferencia.

—¿Ha visto dónde se escondió el rubio? —le pregunté—. Salió un poco antes de que usted entrara.

—No volví la cabeza —contestó.

—¿Quién es? —Le señalé el cuerpo del gordo.

—Mi patrón.

—Se lo cargó el chico rubio que vio salir. ¿Lo conoce?

—No.

—¿De quién es el coche que hay fuera?

Señaló el cuerpo del gordo.

—De don Valeriano Cazzo.

Le habían volado la parte posterior de la cabeza. Su sangre, mezclada con sesos y pelo, formaba un charco a su alrededor y manchaba su hermosa chaqueta. Me miraba desde el suelo con los ojos desorbitados y la boca entreabierta. Entonces lo reconocí.

Como casi todo el mundo yo también había oído hablar de Valeriano Cazzo. Era uno de esos sujetos que aparecen siempre en la televisión declamando en contra del aborto, el divorcio, la violencia y cosas así. Le llamaban el defensor de la familia y se decía que en cuanto se lo propusiera podría llegar muy lejos en política. Ahora no parecía gran cosa.

—¿A qué ha venido aquí su patrón? Éste no parece un lugar para él.

Se encogió de hombros.

—No lo sé, a mí no me consulta nada. Yo voy a donde me mandan.

Encendí un cigarrillo. El de la gorra dio media vuelta, caminó hasta una de las mesas, corrió una silla y se sentó. Todo en él era parsimonioso, lánguido, con esa calidad de movimientos que tienen los felinos.

Baldomero llegó de la cocina con una botella de coñac Torres que colocó encima del mostrador. Hizo un gesto al chófer y éste negó con un movimiento de cabeza. Yo la destapé y me aticé un trago de al menos diez minutos. Baldomero hizo lo mismo.

—La poli vendrá enseguida —dijo—. ¿Está muerto?

—Como mi abuela —respondí.

—¡Dios mío, qué carnicería! —exclamó. Luego se dirigió a mí—: Toni, ¿crees que me cerrarán el local?

—Sí.

Adelantó la cabeza y observó cómo la sangre de Cazzo empapaba la moqueta.

—¿Quién es éste?

—¿Tampoco lo conoces? Es Valeriano Cazzo.

—¿El de la televisión?

—Sí, y éste es su chófer.

—¡Me cago en diez, ahora sí que me cierran el club!
¿A qué ha venido éste a mi local? —Se dirigió al chófer—. ¿Por qué no se ha quedado en su casa?

El de la gorra se limitó a encogerse de hombros.

—¡Ay, Dios! —volvió a exclamar, y se atizó otro trago de coñac—. ¿Por qué me ocurrirán a mí estas cosas?

Lo conocía desde bastante tiempo y sabía que ahora podría ponerse a llorar. Era bajo y flaco y se estaba quedando calvo por su manía de tintarse el pelo. Por aquel entonces lo tenía de color caoba subido. Se pasó la mano por la frente y se puso a mascullar palabrotas. Temblaba de arriba abajo.

—¿Habías visto a Cazzo antes por aquí, Baldomero?

—¡Qué ver, ni qué ver! ¡Nunca había pisado El Gavilán, me cago en la mar!

—¿Y al chico?

Es la primera vez que viene.

—Enciende las luces y cierra la puerta. No vaya a venir un cliente despistado.

Lanzó otra interjección, dio la vuelta al mostrador, pulsó el interruptor y las luces se encendieron. Luego rodeó el cadáver y corrió el pestillo de la puerta.

Me acerqué al mostrador, destapé la botella y bebí de nuevo. El chófer seguía inmóvil, como si estuviera dibujado.

—Toni —me dijo Baldomero—. ¿Crees que debo telefonar a las mujeres?

—Claro, les ahorrarás muchas molestias.

—¿Por qué habrá ocurrido esto en mi establecimiento?

–El destino.
–¡Dios, no puedo mirarlo!
–Pues no lo mires.
Bajó la voz.
–¿Has visto a ese tío? Parece de madera. Ni se ha movido.
–Déjalo.
–Está ahí su jefe reventado y él tan tranquilo. –Elevó la voz–. ¿Oiga, quiere un trago?
–No, no bebo –respondió.
–Avisa a las mujeres, la policía está al venir.
–Sí, ahora voy.
–Y tápalo con un mantel o algo así.
–No, eso sí que no. ¿Quién me lo paga después?
–Te lo pagaré yo, pero tápalo. Tendremos que esperar mucho rato.

Lo cubrió con dos manteles viejos de plástico. Luego se fue a llamar a las mujeres y yo me quedé junto a la botella.

La policía llegó cuando el olor a sangre era ya insoponible. Primero entraron un cabo y un número de la Policía Nacional que permanecieron en actitud vagamente respetuosa en uno de los rincones. Después, dos de la Secreta. Uno de ellos era joven, llevaba el pelo esculpido a navaja y vestía un conjunto Cortefiel con chaleco. El otro podía tener sesenta años, el rostro cetrino y una nariz chata y corta que no le pegaba nada a su cara ancha y mal afeitada. El arrugado traje que usaba probablemente fuera ya antiguo diez años atrás.

Avanzaron hasta el centro del local y miraron con asombro el cadáver.

–¿Quién ha llamado? –preguntó el del chaleco.

–He sido yo, señor inspector –se adelantó Baldomero.

–Pues eres un imbécil. ¿Por qué no has dicho que había un muerto?

–Llama tú a la Brigada, González –ordenó– . ¿Dónde está el teléfono?

–Por aquí, señor inspector, yo le indico.

El llamado González y Baldomero pasaron detrás del mostrador y entraron en la oficinilla. El otro se acercó a la botella de Torres y bebió un trago que duró un rato. Chascó la lengua y nos dirigió una mirada larga a cada uno.

–Bueno, ¿qué ha pasado? ¿No quería pagar?

Se lo conté lo mejor que pude, sin omitir de quién se trataba. Escuchó todo con atención y cuando hube terminado se acercó al cadáver de Cazzo, levantó el mantel y lanzó un silbido.

–¿No lo conocías? –preguntó.

–No.

–Eso es lo que tú dices. Dadme los carnés.

El chófer y yo le entregamos nuestra documentación y la observó con atención.

–Veamos –dijo–. Don Valeriano Cazzo estaba aquí sentado con el que ha huido. De pronto se ponen a discutir, se abofetean y, entonces, el que se ha escapado le suelta una ensalada de tiros. ¿Ha sido así?

–Así es como yo lo he visto.

El policía del chaleco, llamado González, salió de la oficinilla, acompañado de Baldomero, con un cigarrillo suspendido de la comisura de los labios. Llevaba el carné de Baldomero en la mano y se lo entregó al otro.